

Poemas

Por JOSÉ MORAN FERNÁNDEZ

Navidades de mi infancia

Navidades de mi infancia,
nueces, almendras, castañas,
peladillas y turrones,
caricia de hogar, hazañas
de una niñez que se ha ido,
temblando como una caña
de un amor que se estremece
y en la madurez se extraña.

Navidades de mi infancia,
padres, abuelos y hermanos,
pueblo que me vio nacer
y que agitaba sus manos,
pidiendo con ilusión
al redoblar de tambores
que a todos tornara amor
y a nadie diera dolores.

Navidades de mi infancia,
chiquitín siempre riendo,
en el portal de Belén
la paz estaba naciendo.



La muria de la presa de Santibáñez

En defensa del hombre

Cansado de vivir
siempre en la lucha,
en defensa del hombre maltratado,
del lego que mastica su tragedia
y de la monja que muerde su agonía;
del estudiante en letras ya pasadas
y del maestro amordazado en freno;
del anciano que moría de pena
y del niño muriendo en cada esquina;
de la mujer que siempre en la desgracia
ni el marido siquiera la tolera;
del obrero sin pan y sin sustento
y del empleado que sin sueldo quema;
del empresario transido de avaricia
y el millonario podrido en su cartera;
del cura que predica sinsabores
y del obispo que se afana y suena.

Es el hombre, señor, el que me apena,
ese indeciso ser que se cimbrea,
que escarba, se entromete, se terrea,
busca el azul del cielo y se pelea,
se ilusiona, se alienta, se cabrea,
se frustra, se deprime y machetea,
vuelve a sufrir, le devuelven el golpe y se marea.
¿Es este hombre, señor, el que me apena,
o acaso seré yo quien me doy pena?



Un largo viaje

Por ELEDINO CASTRILLO MIGUÉLEZ

Esta oscuridad es un peso que me agobia. Aún es de noche y ya gorjean algunos pájaros. Pensemos: ayer fue un día muy extraño, conocí a mucha gente y lo pasé bien; pero no sé ni dónde estoy. Tengo que agradecerles, (pero, ¿a quién?) que me dieran de comer y me prepararan esta cama, donde he dormido como los ángeles. A mis años, cinco o seis horas de sueño tranquilo son suficientes, por muy castigado que esté el cuerpo. ¿Cuántas habré dormido esta noche? Es difícil saberlo. Me estoy despertando y se oye el canto de los jilgueros. Poco debe de faltar para que amanezca. Los recuerdos cercanos bailan sin orden ni concierto en mi mente. Tengo que aclararme en cuanto me levante. Mantengo vivo en mi memoria el buen trato de las chicas y la conversación con unos cuantos amigos nuevos. Algunos eran un poco raros, pero a mí también podían verme como un bicho: a veces la cabeza se me perdía por vericuetos difíciles de explorar.

Amanecía un nuevo día con la amenaza de un calor soporífero. Evaristo se levantó del camastro y abrió las ventanas. Lo que vio lo hundió más en la perplejidad de los últimos días. El edificio donde había dormido coronaba un otero fértil y lleno de vegetación, rodeado de una vasta llanura desértica. En torno a la colina, una muralla de tres metros de altura separaba aquel oasis de la inhóspita meseta. Los enfermos



Los más pequeños disfrutando en el desfile de carrozas

menos graves habían levantado, hacía muchos años, aquel muro, para aislar a los leproso de los habitantes sanos de la región, numerosos entonces. Ahora la pared sobraba; las pocas personas que quedaban desarrollaban su vida dentro del lazareto. Sólo algunos visitantes esporádicos, y en algunas fechas muy señaladas, rompían la monotonía. Ni siquiera el personal de servicio salía de allí si no era por vacaciones o por algún período largo de descanso.

Evaristo examinó la habitación. Sobre la silla, al lado de la mesita, colgaban la camiseta y el culote de ciclista. Las horas de sueño habían disipado algo su ofuscación y entre la niebla aparecían confusos los recuerdos. La víspera había pasado casi toda la jornada en compañía de otros artistas frustrados: uno llevaba un guante y un bate de béisbol; otro, más airoso, lucía una montera de torero y una chaquetilla que dejaba colgar por delante lo que arremangaba por detrás. Había también futbolistas, sevillanas, fallera ... Y en medio de aquel folklore, él, Evaristo, que había salido de su casa no sabía cuándo sobre su bicicleta, y ahora se levantaba de una cama extraña, en medio de ninguna parte, sin poder hilvanar las oscuras horas perdidas por el camino. De la última tarde, algo emergía en su memoria; pero, ¿qué había pasado antes?

Decidió bajar y preguntar al primero que viese. El edificio era cuadrado y estaba ordenado en torno a un patio que unía los cuatro pabellones. Ahora sólo se usaba uno, aunque los otros tres aguantaban con un mantenimiento elemental. Las escaleras desembocaban en un pasillo acristalado que rodeaba el patio como el claustro de un monasterio. En una esquina encontró una salida que llevaba a la recepción. Un guardia jurado le cerró el paso.

- Aún es hora de dormir.- El tono intimidó a Evaristo. Y más cuando se percató de que las inflexiones de la voz se acompañaban con el movimiento de la mano en dirección a la

porra pendulona. Había girado ya sobre sus talones para desandar el camino, cuando vio aparecer por un pasillo oscuro una figura sonriente que intentaba inspirar confianza; no obstante, el nuevo huésped se puso en guardia.

- Mándale pasar- ordenó con voz firme el aparecido, sin abandonar la sonrisa.

Evaristo fue incapaz de hacer cambiar el gesto de aquel rostro. Preguntó, explicó, imploró, a punto estuvo de llorar de impotencia; pero aquel falso ángel protector se mantenía impertérrito. "Ayer fue un día muy especial. Ahora suba a su habitación. Cuando suene la música que nos despierta,

se asea; y luego hacemos la vida rutinaria, la de siempre".

Y así fue como Evaristo se acomodó a vivir en comunidad. Seguía sin saber qué había sucedido. Su nariz, los primeros días amoratada como las vísceras de una sepia, empezaba a clarear, pero aún no había recuperado su color habitual, después del golpe y la noche al sereno. Además, las huellas de los sabañones que todos los años le mortificaban pies y manos, se ofrecían como el blanco perfecto para los cuidados de los médicos. Era un enfermo complaciente, acompañaba a otro que presentaban vestigios más marcados de la maldita enfermedad, los ayudaba y todos lo apreciaban. Ya llevaba casi dos semanas en aquel retiro. A veces sentía que los recuerdos querían abrirse paso sin conseguirlo. Todos los compañeros disponían de sus propias pertenencias. A él, en cambio, lo tuvieron que ataviar con ropas prestadas y ni siquiera eran suyos los útiles de aseo. A solas en su habitación removía los posos de su inexplicable situación. Sentía la impresión de que sólo él pensaba en esto.

Un día, cuando pasaba cerca de la recepción, sonó una alarma y de repente recordó. Los timbrazos del teléfono le imprimieron en la mente un número muy valioso que podía servir de puente hacia el mundo exterior. Lo anotó cuidadosamente en un papel. No tenía idea de cómo había aparecido en el sanatorio, pero recordó de golpe que tenía una hija, Adelaida, que lo estaría buscando desesperadamente. Con ella había pasado los últimos años, desde la muerte de su mujer. Aquel número que ahora llevaba cerca del corazón podía salvarlo, era el del teléfono de Adelaida.

No había tiempo que perder. Necesitaba con urgencia un teléfono. En todos los días que llevaba allí no había pensado en él. Ahora lo buscaba y no encontró más que el de la portería. Intentó llamar desde allí, pero no se lo consintieron. Compartió su inquietud con los compañeros, sin que lo comprendieran.

Acuciado por esta nueva angustia iban cayendo los días y la comunicación con el exterior parecía imposible. Sin duda, su destino se mostraba unido a aquel lazareto. ¿Por qué no le dejaban hablar con su hija? ¿Lo habrían aparcado allí para librarse de él? Esto era impensable. Su hija lo quería y con sus nietos y su yerno no había tenido ningún roce. Todos estos pensamientos empezaban a socavarle la entereza de ánimo que le había acompañado a lo largo de su vida.

* * *

El enigma de su mala suerte se resolvió en pocos minutos. Cuando el celador llamó con los nudillos en la puerta de su cuarto, Evaristo se despertaba de la siesta. Una mujer de mediana edad, acompañada de un joven y dos motoristas, querían verlo. Habían llegado hasta allí siguiendo la única senda posible desde el barranco, donde habían encontrado los restos de su bicicleta. La mujer era Adelaida, que no había perdido la esperanza de encontrar a su padre. La acompañaba su hijo Alejandro. Juntos habían explorado todos los caminos y sendas de la comarca donde vivían, sin resultado alguno. Cuando ya no quedaba un palmo de tierra sin patear decidieron ampliar el radio de su peregrinación, pero no se les ocurrió que el viejo ciclista hubiera llegado tan lejos. El sanatorio estaba a unos doscientos kilómetros y las etapas de Evaristo rara vez se alejaban más allá de los treinta de su casa. Además era verano y aquel paraje estaba separado del mundo por un desierto calcinado por el sol. Nadie en sus cabales lo cruzaría en estas condiciones cabalgando una endeble bicicleta.

Aquel día habían madrugado para arreglar unos papeles en la capital. Tomaron la ruta más cómoda hacia la ciudad y terminaron pronto. Empujada por una fuerza extraña, Adelaida le propuso a su hijo volver a casa por un camino incómodo, pero entretenido. Regresar a la hora de comer o a la de cenar le daba igual.

Un impulso irresistible que arrancaba de las entrañas y recorrió su cuerpo como un relámpago la llevó a señalar un desvío y ordenar que parara el coche. Bajaron los dos. El joven no entendía nada, pero su madre indicó con el dedo un barranco enmarañado de vegetación y hojarasca seca, y madre e hijo descendieron con dificultad. Entre los ramajes, medio cubierta de piedras y hojas arrastradas por una tormenta reciente, apareció la bicicleta. A Adelaida se le salía el corazón por la boca, pero una energía histérica le ordenaba rebuscar entre la maleza. No encontraron más que la bicicleta deformada y una pequeña bolsa con unas monedas y algunas herramientas. Agotados y desesperanzados, subieron al camino y se asomaron a la carretera. La suerte quiso que enseguida llegaran los policías de tráfico. Adelaida quería dar parte del hallazgo a la comisaría que llevaba el caso, pero los agentes, incrédulos, prefirieron explorar ellos mismos el terreno. Bajaron al torrente seco, comprobaron la presencia de la bicicleta y descubrieron una vieja senda olvidada desde hacía mucho tiempo. La siguieron y treparon a un montículo desde donde se bajaba al sanatorio.

La presencia de tan extraños visitantes alarmó al portero. Le pidieron hacer una llamada desde el teléfono de recepción pero él quiso saber a quién y por qué. Cuando se lo explicaron, pensó en aquel viejo que también quería telefonar y que el "día de la desinhibición" vestía un traje de ciclista bastante desastrado.

Llamó a la enfermería y el celador se presentó en la habitación de Evaristo.

El encuentro con su hija fue el chispazo que consiguió que las neuronas del ciclista, hasta entonces desconectadas, le devolvieran todas las luces. Ahora entendía qué había pasado. Un desafío íntimo le había animado adentrarse en la llanura desértica por aquel camino poco transitado. Se encontraba cómodo y pedaleaba a buen ritmo. El calor le hacía beber con frecuencia. Acabó el agua y comenzaron los síntomas de la deshidratación. Su cuerpo era un autómatas y la cabeza le estallaba, sin regir sus movimientos. Llegó la noche. Durmió al raso entre delirios. Al día siguiente, sin haberse recuperado, siguió pedaleando hasta que, entre las reverberaciones del fuego incoloro del mediodía divisó una pequeña masa boscosa. Cuando ya había entrado en ella, el espejismo de una fuente hizo que rodara por el barranco, hasta que una enorme roca se interpuso entre su cabeza y el abismo.

Evaristo contó en pocos minutos todo esto a su hija en la recepción del sanatorio, donde se organizó un follón digno de olvidar. Llamaron a la comisaría que investigaba su desaparición y decidieron regresar a casa. El ciclista recibió muchas felicitaciones en los días que siguieron. A todos les contestaba que él no había ganado ninguna carrera. Adelaida defendía en lo posible su soledad y le animaba diciéndole que tenía que reponerse para cuando llegara el juicio: había presentado una denuncia y demandaba a todos los cargos directivos del sanatorio.

El juicio, como siempre, se demoró más de dos años. En este tiempo Evaristo, sin proponérselo, fue víctima de sus recuerdos y pesadillas. La peor de todas, sin embargo, estaba por llegar.

El director del lazareto, en la vista, explicó que el día que el demandante había aparecido era el de la desinhibición. El juez se sorprendió y le pidió que explicara qué era aquello. Él contestó que se trataba de una jornada en la que los internos gozaban de libertad para disfrazarse a su antojo y hacer lo que les viniera en gana. Por eso no había extrañado a nadie el traje de ciclista, aunque estuviera un poco deslucido. A Evaristo esto le sonó a disculpa. Lo mismo debió de parecerle al juez, pues le preguntó cómo podía ser que estuviera con los demás enfermos, comiera y cenara con ellos, no tuviera cama donde dormir y los empleados le prepararan una sin comprobar si ese día había altas o bajas.

- Sr. Juez - contestó el director del centro -, ya le he dicho que era un día muy especial. Además coincidió con el cambio de turno: empezábamos las vacaciones y todo el personal que brega con los enfermos era nuevo ese día. Por otra parte, este señor, según me han dicho, parecía un poco ido.

Esta banal excusa bastó para quedar libre de todo cargo. La sentencia fue un duro golpe para Evaristo. Era su peor pesadilla. Cada vez que pensaba en ella se le revolvían los recuerdos y tenía la sensación de que la justicia había subido al cielo. De todas las imágenes, la que más le dolía era la del juez golpeando el hombro del acusado y reprochándole campechanamente:

- A ver si en el futuro evitamos tantas coincidencias.

